



Universitat
de les Illes Balears

TRABAJO DE FIN DE GRADO

LA EXPERIENCIA EN MONTAIGNE: UN COMENTARIO DEL CAPÍTULO XIII DEL LIBRO III

Lluís Ferragut Fernández

Grado de Filosofía

Facultad de Filosofía y Letras

Año Académico 2021-22

LA EXPERIENCIA EN MONTAIGNE: UN COMENTARIO DEL CAPÍTULO XIII DEL LIBRO III

Lluís Ferragut Fernández

Trabajo de Fin de Grado

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de las Illes Balears

Año Académico 2021-22

Palabras clave del trabajo:

Filosofía, Montaigne, experiencia, conocimiento, filosofía de vida...

Nombre Tutor/Tutora del Trabajo: Joan Lluís Llinàs Begón

Nombre Tutor/Tutora (si procede)

Se autoriza la Universidad a incluir este trabajo en el Repositorio Institucional para su consulta en acceso abierto y difusión en línea, con fines exclusivamente académicos y de investigación

Autor		Tutor	
Sí	No	Sí	No
<input checked="" type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

Resumen

En el presente trabajo se propone llevar a cabo un comentario del capítulo XIII «La experiencia», del libro III de los *Los ensayos* de Montaigne, con la intención de destacar la noción de experiencia a lo largo del capítulo. Para efectuar dicho comentario, se ha comentado el capítulo dividiéndolo en 5 partes, resaltando en cada parte aquellos elementos que nos han servido para clarificar la noción estudiada. Se concluye, tras ese comentario, que el concepto de experiencia constituye la principal fuente de conocimiento en Montaigne.

Índice

0. Introducción.....	5
1. Primer momento: las vías del conocimiento.....	6
2. Segundo momento: la propuesta alternativa.....	12
3. Tercer momento: la experiencia como piedra de toque.....	17
4. Cuarto momento: una experiencia directa.....	20
5. Quinto momento: una filosofía de vida.....	25
6. Conclusión.....	29
7. Bibliografía.....	31

0. Introducción

A lo largo de nuestra historia, la filosofía ha tenido que preguntarse, y en cierta medida sigue haciéndolo, cuáles son aquellos caminos que debemos explorar para llegar al conocimiento. Desde la Grecia clásica hasta la actualidad, grandes pensadores han querido responder a tales cuestiones. Y de entre todos, destaca uno que ha pasado como escritor: Montaigne.

Lo cierto es que los pensamientos de Montaigne encierran una filosofía que a primera vista puede parecer banal. Sus ensayos están plagados de contradicciones, su pensamiento, a veces, no es lineal, y sus múltiples añadidos posteriores no lo mejoran. Sin embargo, esto tiene un motivo de ser. Montaigne se está pintando a sí mismo a razón de sus experiencias. Cada una de ellas configura un trazo nuevo en su obra, y que, por pequeña que sea, merece su sitio, marcan un antes y un después. Esta gran tarea de pintarse a uno mismo no es más que el intento a responder a cómo podemos conocer, o mejor dicho, cómo podemos conocernos acudiendo a nuestras experiencias y reflexionando sobre ellas.

Por tanto, en el presente trabajo me voy a proponer llevar a cabo un comentario de aquel capítulo que precisamente dedica a la experiencia, el capítulo XIII del libro III, con la intención de explicar la noción de experiencia a lo largo del capítulo, tomando en consideración y como base interpretativa el artículo de Llinàs «Sobre el concepto de filosofía y experiencia en Montaigne y su repercusión en Descartes»¹. Para el comentario, metodológicamente he decidido dividir el texto en cinco partes, presentándolo de forma ordenada y caracterizada por su división. Con esta forma de presentar el texto busco aportar la cohesión y claridad suficiente como para facilitarnos el entendimiento de lo que plantea durante el capítulo, y así, tratar de caracterizar la importancia que adquiere la experiencia en su pensamiento.

A favor de su propuesta, Montaigne tendrá que hacer frente, en el primer momento, a esa tradición que postulaba un conocimiento racional, concretamente, a la metafísica aristotélica, de tal modo que pueda dar cabida a su alternativa. **Él se conoce por la experiencia, no por la razón.** En el segundo momento, veremos que ya se encuentra en condiciones de ofrecer una alternativa a aquello que acaba de rechazar. Por tanto, no se limita a creer que ningún conocimiento es posible. Su propuesta se basará en el estudio del yo, una alternativa caracterizada por la experiencia misma de Montaigne. En el tercer

¹ Llinàs Begón, J.L., «Sobre el concepto de filosofía y experiencia en Montaigne y su repercusión en Descartes», Cuadernos Salmantinos de Filosofía, 2013 Vol. 40, pp. 71-84.

momento trataremos de explicar cómo se usa a él mismo como ejemplo de la práctica de su alternativa, relatando y detallando cómo sus experiencias le han configurado y le han permitido conocerse a sí mismo. Y acto seguido, en el cuarto momento, detallaremos una de aquellas experiencias que le ha permitido conocerse a sí mismo: tener cálculos renales. Por último, en el quinto momento tratará de ofrecernos algunas reflexiones basadas en sus experiencias, en la que se destacará el saber gozar del ser, y una visión de su filosofía de la experiencia como forma de vida.

Tras haber comentado estos cinco momentos, estaremos en condiciones de entender hasta qué punto considerar el concepto de experiencia en tanto a esa herramienta útil para entender, por una parte, el modo de escritura viva con evolución orgánica que le caracteriza, y por otra, entender esa apuesta por gozar la vida con la que concluye *Los ensayos*.

Previamente debo aclarar que el contexto de un capítulo son los demás capítulos, pues todos forman parte de un solo libro, y por tanto, aunque cada capítulo de *Los ensayos* tenga una entidad independiente y puede ser considerado aisladamente, se relacionan de forma inmediata con los demás capítulos. A pesar de ello, *Los ensayos* no es un libro ordenado, con una sucesión de ideas claras, y que podamos entender como un solo ensayo. Cada pequeño capítulo es una experiencia, un ensayo sobre un tema concreto. Por ende, lo sonsacado para este capítulo sobre la experiencia no debería extrapolarse a todo el pensamiento de Montaigne, ni debería pensarse que trato de reflejar todo su pensamiento con este comentario localizado.

1. Primer Momento: las vías del conocimiento

En el capítulo XIII del libro III², Montaigne va a tratar de acercarse al concepto de experiencia partiendo de Aristóteles. Abre el texto mencionando una de las frases más importantes de su metafísica: “Ningún deseo es más natural que el deseo de conocimiento”³. No estamos delante de cualquier cita, y su lugar no es azaroso. Se trata de la frase que da inicio a este primer momento del texto, y que caracterizamos como una ruptura, una crítica o una separación de la metafísica⁴ aristotélica. Para ello, debemos

² La edición utilizada consta de los añadidos póstumos de Montaigne, que editó Marie de Gournay y Pierre de Brach: Montaigne, M, *Los ensayos*, (Trad. J. Bayod Brau), Barcelona, Editorial Acantilado, 2021.

³ Montaigne, *Los ensayos*, III. XIII, p. 1589.

⁴ Como bien es sabido, la palabra “metafísica” no aparece a lo largo del tratado de Aristóteles. Una aproximación más exacta sería la de filosofía primera, en oposición a la filosofía segunda o física.

describir la metafísica del Estagirita para comprender hasta qué punto se trata de una ruptura.

Dijimos que la frase utilizada por Montaigne no era azarosa, pues es del mismo modo que empieza *Metafísica*⁵: “Todos los hombres, por naturaleza, desean saber”⁶. En este primer libro va a intentar explicar una ciencia que **versar** sobre los primeros principios o las primeras causas⁷. Se trata de una indagación hacia un conocimiento universal que se aleja de los sentidos y se acerca al pensamiento abstracto. Con ello, Aristóteles empieza caracterizando una de las vías del conocimiento, la experiencia:

Pero no es menos cierto que pensamos que el saber y el conocer se dan más bien en el arte que en la experiencia y tenemos por más sabios a los hombres de arte que a los de experiencia, como que la sabiduría acompaña a cada uno en mayor grado según (el nivel de) su saber. Y esto porque los unos saben la causa y los otros no. Efectivamente, los hombres de experiencia saben el hecho, pero no el porqué, mientras que los otros conocen el porqué, la causa. Por ello, en cada caso consideramos que los que dirigen la obra son más dignos de estigma y saben más, y son más sabios que los obreros manuales [...] Conque no se considera que aquéllos son más sabios por su capacidad práctica, sino porque poseen la teoría y conocen las causas.⁸

Sin embargo, la experiencia por si sola no nos puede llevar al conocimiento, a ser unos sabios. Para el autor, se requiere de un conocimiento que vaya “más allá” (Τὰ μετὰ τὰ φυσικά: más allá de la física) y a por el cual nos invita a adentrarnos a la búsqueda de esas primeras causas, deduciendo que estas necesariamente deben ser finitas⁹ y reducibles a estas cuatro¹⁰: 1) causa *formal*; 2) causa *material*; 3) causa *eficiente*; y 4) causa *final*.

Las primeras dos causas abarcan la materia y la forma (ὕλη, εἶδος). Estas dos son entendidas en tanto a algo estático, pues si algo permanece inmutable, entonces podemos reducirlo a su materia y a su forma. Al considerar el objeto de estudio como algo dinámico, entonces debemos introducir las otras dos causas; la eficiente y la final (κινουῦν, τέλος). “Puesto que andamos a la búsqueda de esta ciencia, habrá de investigarse acerca de qué causas y qué principios es ciencia la sabiduría.”¹¹

⁵ Aristóteles, *Metafísica*, España, Editorial Gredos, 1994.

⁶ *Ibidem*, 980a.

⁷ Advertimos que para Aristóteles, “causa” y “principio” significan “condición” y “fundamento”. En: Reale, G y Antiseri, D., *Historia del pensamiento filosófico y científico. Tomo primero*, España, Editorial Herder. 1995, pp. 164-165.

⁸ Aristóteles, *op. cit.*, 981a-981b.

⁹ Véase el capítulo dos del libro segundo de *Metafísica*, 994b.

¹⁰ *Ibidem*, 983a.

¹¹ *Ibidem*, 982a.

En la tarea de racionalizar el saber, Aristóteles nos enseña que para el conocimiento, la vía de la experiencia parece ser insuficiente, y que para llegar a la verdad necesitamos conocer las causas. Por ello debemos seguir indagando, y en el capítulo 1 del libro 4 empieza su estudio de “lo que es, en tanto que algo es”¹², el estudio de los sentidos del ser.¹³ Es un estudio de las cosas en tanto a cosas; categorías, a diferencia de la “Φύσις”.

Aristóteles alza todo un proyecto metafísico racional para poder categorizarlo todo. Vemos que todo tiene un lugar en el mundo aristotélico, pues ha sido capaz de ordenarlo hasta llegar incluso a un “primer motor”, el origen y causa de todo movimiento.

Sin embargo, en este primer momento que tratamos de comentar, Montaigne va a ser capaz de derribar todo este pensamiento que lleva arrastrándose durante siglos. La siguiente frase del texto después de la cita de Aristóteles dice: “Probamos todos los medios que nos puedan llevar hasta él. Cuando la razón nos falla, empleamos la experiencia”¹⁴. Montaigne nos invita a indagar la vía de la experiencia, pues para él, la experiencia no posee menos formas que la razón.

Es curioso ver **como** Montaigne sigue una estructura similar al Estagirita: ambos escalando hacia el conocimiento mediante estas dos vías, pero de senderos opuestos. **Si bien Aristóteles degradó la experiencia por ser una vía insuficiente para llegar al conocimiento, Montaigne no la rehusa**¹⁵.

Nuestro autor, que cree en la diversidad¹⁶ y el cambio¹⁷, aceptará que la experiencia es múltiple y no reducible: “Quién no ha visto a niños que tratan de dividir en cierto número de partes una masa de mercurio? Cuanto más la aprietan y la amasan, y cuanto más se empeñan en someterla a su ley, más irritan la libertad del noble metal [...] La doctrina crea la dificultad”¹⁸, y puesto que la experiencia no es una vía menos desdeñable que la razón, la metafísica racional y categorizadora de Aristóteles no tiene cabida. Necesariamente, estamos rompiendo con esta tradición. No **solo esta** rompiendo con Aristóteles al someter a la experiencia al mismo nivel que la razón, sino que por sus

¹² *Ibidem*, 1002a.

¹³ El verbo ser se puede traducir como “εἶναι” en griego, con varios matices. Al tratarse de un verbo copulativo, observamos dos sentidos. En uno (predicado) sería “algo de algo”, y en otro en tanto a devenir: el niño deviene alto. Ambos sentidos coexisten en el verbo.

¹⁴ Montaigne, *op. cit.*, p. 1589.

¹⁵ Se producirá una reforma del objeto de conocimiento de la experiencia, siendo ahora el de un sujeto.

¹⁶ *Ibidem*, p. 1590. “la naturaleza se ha obligado a no hacer ninguna cosa distinta que no sea diferente”

¹⁷ *Ibidem*, p. 1593. “Jamás dos hombres juzgaron lo mismo de la misma cosa, y es imposible ver dos opiniones exactamente similares, no ya en hombres distintos, sino en el mismo hombre en momentos distintos”

¹⁸ *Ibidem*, p. 1592-1593.

características también rehúye de la racionalidad que le acompaña en el trasfondo de la metafísica aristotélica:

En consecuencia, la metafísica de Aristóteles no es adecuada en la medida que intenta categorizar una realidad que se escapa a la categorización, una realidad dominada por la mezcla que, en Aristóteles, no es ni puede ser una categoría. Montaigne, como bien señala Tournon¹⁹, se rebela contra la jerarquía aristotélica del saber, que coloca por encima a las ciencias teóricas (aptas para captar el universal) de las técnicas, que a su vez son superiores a la experiencia en la medida que la racionalizan.²⁰

Hay otras formas de presentar estas diferencias entre el modelo aristotélico y lo que plantea Montaigne. Jaume Casals expresa que la metafísica aristotélica va ligada a la substancia, a la consistencia del ser, a la satisfacción experimental del individuo más allá de las dificultades del lenguaje. Se trata de una ciencia buscada, paradójica pero esencial, la ciencia más ciencia de todas las ciencias: “No hi ha lloc, doncs, per a una categoria que, tot i essent un dels gèneres últims de l'ésser, signifiqui alhora la substància i la quantitat, la substància i la qualitat, la substància i la relació, la substància i el lloc...”²¹

Sin embargo, con Montaigne, lo que se pone de manifiesto es la inconsistencia de la sustancia, la falta de un trasfondo, y la necesidad de construir el individuo a partir de un mundo de ensayo, experimentos, y de los fenómenos que le preceden. El individuo no es un comienzo sino un final solidario de la obra de su autor. “Per a Montaigne no hi ha substància que respongui a la pregunta per l'ésser en tant que ésser; hi ha assaigs, experiències, temptatives, desordres que es quallen en una **obre** que suposa la construcció d'un individu, és l'ànima, la forma substancial, l'*ousia* del seu autor.”²² En Montaigne reina la mezcla, y en vez de ordenarlo todo en sus espacios pertinentes, como las categorías, las disuelve, las junta todas como si de una mezcla se tratara. Casals dice:

Vull que -les expressions sense cap lligam-, que signifiquen la relació, el lloc, el temps, la posició, la possessió, etc., signifiquin també la substància... No aspiro a la subversió nominalista, sinó a obligar les substàncies i les expressions que les designen a trobar el seu sentit en allò que les configura i no en la cosa configurada.²³

¹⁹ André Tournon, «“ J'ordonne à mon âme...» Structure d'essai dans le chapitre De l'expérience”, *L'information Littéraire*, 1086, pp. 54-60.

²⁰ Llinàs, *op. cit.*, p. 77.

²¹ Casals, Jaume, *L'experiment d'Aristòtil*, Barcelona, Editorial Edicions 62, 1992, p. 87.

²² *Ibidem*, p. 92.

²³ *Ibidem*, p. 88.

Volviendo al texto a comentar, Montaigne recurre al ejemplo de las leyes. “¿Qué han conseguido nuestros legisladores distinguiendo cien mil casos y hechos particulares, y asociándoles cien mil leyes?”²⁴. Nada, pues no hay proporción alguna con la infinita variedad de las acciones humanas.

Para Montaigne, todo lo que se une por semejanza, o toda relación fundada por la experiencia, necesariamente debe cojear. El problema está en que “los hombres ignoran la enfermedad natural del espíritu”²⁵, que no es más que aquella actividad de interpretar y huronear cada vez más y que cuyo fin no es alcanzable. “Sus persecuciones carecen de término y de forma; su alimento es la admiración, la caza, la ambigüedad”²⁶. Y en la jurisprudencia esto está clarísimo, pues “se asocian a cada uno de nuestros asuntos, por alguno interpretación desviada, forzada y sesgada”²⁷. Las experiencias son particulares y únicas, y es absurdo querer atajarlas con los hechos particulares que se tienen en común. Estas no pueden ser capaces de comprender la grandeza de la propia experiencia. Y si sumamos a la ecuación que la experiencia además está en continuo cambio, querer llevar a cabo un proceso racional sobre estas para buscar una realidad inmutable se vuelve un intento en vano:

En “Sobre la experiencia” se trata de criticar este estadio del saber tal como es recogido por Aristóteles, desde, como vemos, una doble dimensión: la epistemológica, pues se trata de poner en cuestión el principio de inducción (lo que arruina las pretensiones científicas y normativas), pero también la ontológica, pues las experiencias siempre son individuales y no remiten a nada estático, por lo que cualquier intento de fijarlas supone empobrecerlas y falsearlas.²⁸

No es que Montaigne despreciase las leyes. De hecho, llega a admitir que debemos adecuarnos a ellas, pues garantizan cierto orden²⁹. Pero la justificación de estas no puede recaer en un intento de racionalizar la justicia. “Las leyes manifiestan su crédito no porque

²⁴ Montaigne, *op. cit.*, p. 1591.

²⁵ *Ibidem*, p. 1594.

²⁶ *Ibidem*, p. 1595.

²⁷ *Ibidem*, p. 1598.

²⁸ Llinàs, *op. cit.*, p. 77.

²⁹ Montaigne, *op. cit.*, XLI-XLII: “es muy peligroso poner la verdad en manos del «vulgo», pues éste «carece de la facultad de juzgar las cosas por sí mismas, y se deja llevar por la fortuna y por las apariencias», de suerte que tenderá a «sacudir como un yugo tiránico todas las impresiones que había recibido por la autoridad de las leyes o la reverencia del uso antiguo» (II, 12, al inicio)”.

sean justas, sino porque son leyes. Este es el fundamento místico de su autoridad; no tienen otro.”³⁰

Este pensamiento es recogido y elaborado por Derrida³¹. Dicho autor nos dice que Montaigne, con el término “fundamento místico de la autoridad”, lo que está haciendo es distinguir las leyes de la autoridad. Ni estas son justas, ni se obedecen por la propia justicia, sino por su propia condición de autoridad. Derrida, al igual que Montaigne, advierte que el surgimiento mismo de la justicia y de las leyes siempre implican una fuerza interpretativa:

la operación que consiste en fundar, inaugurar, justificar el derecho, hacer la ley, consistiría en un golpe de fuerza, en una violencia performativa y por tanto interpretativa que no es justa o injusta, y que ninguna justicia ni ningún derecho previo y anteriormente fundante, ninguna fundación preexistente podría garantizar, contradecir o invalidar por definición.³²

Si bien hasta ahora nos hemos limitado a seguir el texto para detallar la ruptura con la metafísica aristotélica, podemos salirnos de él y acudir a Ann Hartle³³ pues lleva a cabo un análisis más detallado de los aspectos que Montaigne logra superar, dando mas fuerza a la idea que estamos defendiendo de que **Montaigne rompe con Aristóteles**.

Para Ann, hay ciertos elementos que nuestro autor no solo logra superar, sino que son transformados: “He uses the Aristotelian vocabulary of form and final cause, but he transform the menaing of these terms”³⁴. El significado de forma es cambiado debido a su concepción de la diversidad y variedad, sobre todo al referirse a los hombres y a las acciones de estos, a las particularidades de estos. Y, por otro lado, esta noción de particularidad implica otro elemento más, el de libertad, transformando la forma aristotélica en particularidad y libertad: “Montaigne`s account of **particularity** entails his notion of freedom. Freedom is, first and foremost, the breaking of the universal, single form, and to a single, common way to perfection.”³⁵

³⁰ Montaigne, *op. cit.*, III. XIII: 1601.

³¹ Derrida, *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*, Madrid, Editorial Tecnos, 2008.

³² Derrida, *Fuerza de ley*. p. 33.

³³ Hartle, Ann, «Breaking with Aristotle: Montaigne`s Modern Project», *Montaigne Studies*, volume XXI, 2009, pp. 55-66.

³⁴ *Ibidem*, p. 55.

³⁵ *Ibidem*, p. 59.

Es un tópico considerar que Montaigne es un escéptico, y prueba de ello son las múltiples interpretaciones³⁶ que encontramos en este sentido. De hecho, en este primer momento que comentamos ya encontramos cierta crítica a los universales “confussum est quidquid usque in pulvrem sectum est”³⁷. Para el cometido de nuestra tarea de comentar el concepto de experiencia en Montaigne, debemos concluir que los rasgos escépticos no son más que la herramienta que le **lleva nuestro autor** a poder criticar el pensamiento anterior (el pensamiento aristotélico), para poder avanzar hacia su concepción de la experiencia. Es por ello que a lo largo de todo el capítulo, **Montaigne no practica la epojé**, sino todo lo contrario; no para de afirmar y juzgar sobre todo aquello que le apetece.

Concluimos de la misma forma que Vicente Raga: “ponemos en duda que *Los ensayos* sean escépticos, pero sin el escepticismo no serían lo que son, un esbozo de moral moderna, a la vez sorprendentemente contemporánea”³⁸

Alicia Villar, por su parte, llegará a las mismas conclusiones. No negaremos que en Montaigne el escepticismo sea una fuente de recursos: “La experiencia de la incertidumbre se recoge en el mismo título de su obra: *Los ensayos*, una forma de escritura idónea para expresar su filosofía del sujeto, un escepticismo pirrónico reinventado por él y que resume en su lema, ¿qué sé yo?”³⁹. Sin embargo, cuando nos alejamos de la teoría, o queremos hablar sobre un sujeto situado en la vida, debemos preguntarnos si aún es viable mantener tal escepticismo extremo, arrojando la conclusión de que, el límite de la suspensión del juicio se sitúa en la vida práctica-moral⁴⁰.

2. Segundo Momento: la propuesta alternativa

Habiendo comentado los elementos más importantes del primer momento, debemos dar paso al siguiente: el estudio del yo, la experiencia del yo. Sin pasar por el primer momento, es decir, sin esa ruptura aristotélica que le permite a nuestro autor concentrarse en la vía de la experiencia y apostar por la diversidad y el cambio, no sería consecuente que acto seguido planteara una alternativa. Precisamente esto lo que pretenderá hacer,

³⁶ Véase Raga, Vicente, «Los ensayos de Michel de Montaigne y el escepticismo», y Guerrier, Oliver, «Modernidad y actualidad de Montaigne», en Llinàs Begón, J.L., *Guía Comares de Montaigne*, Granada, Editorial Comares, S.L., 2020, para encontrar una buena síntesis de dichas interpretaciones, así como también para completar las tesis sobre su escepticismo.

³⁷ Montaigne, *op. cit.*, p. 1592.

³⁸ Raga, Vicente, «Los ensayos de Michel de Montaigne y el escepticismo», en Llinàs, *Guía Comares*, p. 114.

³⁹ Villar, Alicia, «La incertidumbre en Montaigne, Pascal Y Unamuno: Angustia, Aceptación y Certeza Moral», *Revista de Filosofía*, Numero 21, Noviembre de 2021, pp. 151-173.

⁴⁰ El límite de su escepticismo parece estar en sus certezas morales, una ética de mínimos, según comenta la autora. Para más detalles, ver *Ibidem*, pp. 157-160

presentarnos una alternativa de la vía del conocimiento centrándose en la experiencia que le conduce al estudio del yo:

Así pues, por grande que sea el fruto que podemos sacar de la experiencia, difícilmente le será muy útil a nuestra formación la que extraemos de los ejemplos ajenos, si nos aprovechamos tan mal de la nuestra, que nos resulta más familiar, y que sin duda nos basta para instruirnos en lo que necesitamos. Me estudio a mí mismo más que cualquier otro asunto. Ésta es mi metafísica, ésta es mi física.⁴¹

Ese estudiarse a sí mismo más que cualquier otro asunto es claramente la alternativa por la que apuesta Montaigne. La experiencia del yo ya no depende de un marco teórico, ni tampoco pretende convertirla en ese paso previo al conocimiento⁴². Tras la ruptura aristotélica, la experiencia pasa a ser entendida como la experiencia personal de cada uno, haciéndose clara la ruptura. Con este enfoque, ya no atendemos ni necesitamos de unas causas primeras, lo que posibilita que se abra un mundo donde todas y cada una de las experiencias van a ser instructivas para el propósito de conocerse. Para ejemplificarlo, podemos recurrir a capítulos anteriores de la obra: pensar que estamos conformados por pedazos⁴³:

Estamos por entero hechos de pedazos, y nuestra contextura es tan informe y variada que cada pieza, cada momento, desempeña su papel. Y la diferencia que hay entre nosotros y nosotros mismos es tanta como la que hay entre nosotros y los demás. c | Magnam rem puta unum hominem agere] [Considera que es un asunto difícil ser siempre el mismo hombre]⁴⁴

El estudio que lleva a cabo Montaigne no busca la “sustancia” del yo, ni trata de analizar la experiencia para dotarla de facultades que no le pertenecen. Lo relevante reside en el propio proceso de la experiencia, en la experiencia en sí misma⁴⁵. Por ello,

⁴¹ Montaigne, *op. cit.*, p. 1602.

⁴² Recordemos que para Aristóteles, la experiencia no era suficiente para el conocimiento. Aristóteles, *op. cit.*, 981-982.

⁴³ Más allá del propósito del trabajo, uno puede pensar que todos estos pedazos de Montaigne son relatados y expuestos en el propio libro *Los ensayos*. Escritura y construcción para conocerse y constituirse. Para más información, podemos acudir a Navarro, J, *La extrañeza de sí mismo. Identidad y alteridad en Michel de Montaigne*, España, Editorial Fénix, 2005: Introducción.

⁴⁴ Montaigne, *op. cit.*, p. 488.

⁴⁵ Sobre el ensayarse, véase sus múltiples significados en Llinás Begón, J.L., *Història de la filosofia moderna I: De Maquiavel a Descartes*, Palma de Mallorca, Editorial Universidad de les Illes Balears, 2009, Capítulo 5.2.2.

Montaigne nos comenta que se deja llevar. Nos habla del movimiento, del mundo, y de como lo siente particularmente él:

Qua Deus hanc mundi temperet arte domum,
qua uenit exoriens, qua deficit, unde coactis
cornibus in plenum menstrua luna redit;
unde salo superant uenti, quid flamine captet
Eurus, et in nubes unde perennis aqua.

[Con qué arte gobierna Dios esta residencia del mundo, cómo aparece la luna, cómo desaparece, y cómo se explica que, cada mes, reuniendo sus crecientes, retorne en plenitud; cómo se explica que los vientos dominen el mar, por qué el Euro sorprende con su soplo, y por qué hay agua perenne en las nubes].

c | Sit uentura dies mundi quae subruat arces.

[Si ha de llegar un día que destruya la ciudadela del mundo].

b | Quaerite quos agitat mundi labor.

[Indagad vosotros, que os inquietáis por el trabajo del mundo].

c | En este Universo, me dejo llevar, de manera ignorante y negligente, por la ley general del mundo. La conoceré bastante mientras la sienta.⁴⁶

Montaigne nos está tratando de exponer su cosmovisión⁴⁷. Y sin duda es importante para el propio concepto de experiencia, pues estamos inmersos en el mundo. Montaigne nos advierte que los trazos que se ha hecho sobre él no son ilegítimos aunque varíen, pues el mundo “no es más que un perpetuo vaivén”⁴⁸. Todo está en continuo movimiento, sin descanso. Incluso la constancia misma es vista como un movimiento más apaciguado. Es por ello que no se puede fijar un objetivo. Él se deja llevar de manera ignorante y negligente por esta ley. Así: “Anda confuso y vacilante debido a una embriaguez natural”⁴⁹. La importancia radica en el instante mismo, en la experiencia en sí misma. “No pinto el ser, pinto el tránsito”⁵⁰.

Este pensamiento encaja muy bien con su idea anteriormente expuesta sobre las acciones humanas: si estas no nos pueden servir como base para la justicia, si siempre hay que atenerse al contexto y a la condición de cada uno, no es de extrañar que al final deba aplicarse el mismo pensamiento sobre sí mismo, sobre el estudio del yo.

⁴⁶ Montaigne, *op. cit.*, pp. 1602-1603.

⁴⁷ Para ahondar más en su cosmovisión, véase *Los ensayos*, III. II. “El arrepentirse”.

⁴⁸ Montaigne, *op. cit.*, p. 1201.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 1201.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 1202.

Ante el vaivén del mundo, se generan todo una ristra de experiencias que le configuran: a veces de forma contraria a la que era: ya sea porque ha cambiado, o ya sea porque el enfoque con el que aborda el tema, se acota a un punto de vista, o un pedazo de entre todos los que le conforman⁵¹. Si a esto le sumamos a la multiplicidad de experiencias que pueda tener cada uno, configuramos un estudio distinto entre cada persona, una multiplicidad de condiciones humanas caracterizadas por ese movimiento del mundo que cada cual puede sentir. “Si mi alma pudiera asentarse⁵², no haría ensayos, me mantendría firme; está siempre aprendiendo y poniéndose a prueba”⁵³. Pero eso no sucede, y es por lo tanto, este momento se caracteriza por la experiencia del yo⁵⁴. Aunque recalco que no es el estudio de un yo asentado, definitivo o fijo, sino un estudio continuo de un yo que va cambiando. Puesto que formamos parte del mundo, necesariamente debemos cambiar al igual que este lo hace⁵⁵

En aras del conocimiento, hablamos desde nuestra experiencia entendida como padecer algo, ser afectado por, experiencia de, y no como algo universal ni con pretensiones de verdad. Esta búsqueda del conocimiento que emprende puede resultar en algo banal o imperfecto, pero si lo vemos desde el prisma adecuado, lo que Montaigne nos ofrece con este estudio de la experiencia de uno mismo es, al estilo socrático, saber lo que nos falta por aprender: “mi aprendizaje no saca otro provecho que hacer sentir cuanto me queda por aprender”⁵⁶, y el mitigar las debilidades de cada uno: “Cuando la razón de otro me demuestra la falsedad de una opinión, más que aprender lo nuevo que me ha dicho, y esta ignorancia particular —sería una escasa adquisición—, aprendo en

⁵¹ *Ibidem*, p. 1608. “No solo me parece difícil asociar nuestras acciones entre si; también me parece difícil designarlas propiamente, a cada una de ellas, por alguna característica principal, a tal punto son dobles y están formadas por un abigarramiento de colores diversos”.

⁵² Llinás, *Història moderna...*, p. 196. “el coneixement ha de ser universal i necessari, es a dir, no pot canviar. Però, com que el món està en un canvi continu, és impossible posseir en aquest sentit coneixement sobre aquest. La natura, per a nosaltres, és inexplicable. Per contra, si limitam les nostres pretensions i renunciem a la universalitat i necessitat, pot produir-se un coneixement útil per a l’home”.

⁵³ Montaigne, *op. cit.*, p. 1202.

⁵⁴ Nos encontramos con muchos ejemplos que invitan a esa reflexión. *Los ensayos*, III. XIII, pp. 1603-1607. “Preferiría ser un entendido en mí mismo a serlo en Cicerón”, “Con la experiencia sobre mí me basta para hacerme sabio, si fuera buen estudiante.”, “La vida de Cesar no nos ofrece más ejemplo que la nuestra [...] sigue siendo una vida a la que le afectan todos los accidentes humanos.”, “Limitémonos a escuchar nuestra experiencia” “La advertencia de que todo el mundo se conozca a sí mismo debe tener una gran importancia.”, “mi aprendizaje no saca otro provecho que hacerme sentir cuanto me queda por aprender.”.

⁵⁵ Auerbach, E (1996). *Mimesis, La representación de la realidad en la literatura occidental*, México: Editorial Fondo de Cultura Económica: p. 268: “El mundo cambia constantemente, yo soy un aparte del mundo, por consiguiente, yo cambio constantemente” Auerbach defiende el movimiento del yo en forma de silogismo.

⁵⁶ Montaigne, *op. cit.*, p. 1606.

general mi debilidad y la traición de mi entendimiento.”⁵⁷ De este modo podemos formar nuestro juicio y juzgarnos a nosotros mismos. Como muy bien expone Llinàs:

En efecto, la búsqueda del conocimiento de sí es algo vano e imperfecto, pero, defiende, también útil, pues conociendo nuestras debilidades las mitigamos. Esto es, de alguna manera formar nuestro juicio, juzgar y juzgarnos, puede ayudar a regularnos. Estamos ahora en condiciones de entender la expresión “c’est ma metaphysique, c’est ma physique”, que resume la alternativa de Montaigne a Aristóteles. El deseo de conocimiento que conduce a la física y a la metafísica se materializa usualmente por la razón y por la experiencia, pero en el caso de Montaigne, y en tanto cambia la dirección del conocimiento, tanto la razón como la experiencia son transformadas: de la experiencia externa se pasa a la propia, y de la razón universal al juicio personal. Esta transformación supone también un cambio en la manera de escribir: se trata de la escritura del yo, que registra las experiencias propias y las sopesa:

“Ce n’est pas assez de compter les expériences, il les faut poiser et assortir; et les faut avoir digérées et alambiquées, pour en tirer les raisons et les conclusions qu’elles portent.” (“De l’art de conférer”, III,8,931b).⁵⁸

La alternativa por la que apuesta Montaigne es en cierto modo el “conócete a ti mismo” socrático. No da forma a una vía de conocimiento estable y universal, sino a su nueva forma de conocimiento plasmada en *Los ensayos* mismos: el conocimiento del yo.

Advertimos entonces que la alternativa de nuestro autor aboga por centrar la vía de la experiencia hacia uno mismo. La diversidad y multiplicidad vuelven a hacerse presentes, pero esta vez expuestas como justificación de su cosmovisión. Y la experiencia de uno se ve sometida una y otra vez a estos. Tales configuran un escenario de inseguridad epistémica si se pretende abordar desde la vía aristotélica. Pero una vez entendida la condición a la que está sometido el hombre, toda pretensión de estabilidad se vuelve contraria a la verdad. Una verdad configurada por pedazos y que tan solo puede concebirse al centrar los esfuerzos hacia uno mismo. Un yo cambiante que, pese a ser múltiple, no deja de ser el mismo conformado por la experiencia interna, y una razón convertida en juicio, que se encarga de enjuiciarnos, de hacernos ver nuestros defectos y debilidades, que “Si no puede reformar las demás partes según su criterio, al menos no se deja deformar por ellas”⁵⁹.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 1604.

⁵⁸ Llinàs, «Sobre el concepto de experiencia y filosofía...», p. 79.

⁵⁹ Montaigne, *op. cit.*, p. 1605.

3. Tercer momento: la experiencia como piedra de toque

El tercer momento quizás sea el más importante, pues Montaigne trata de relatar su propia experiencia. Si bien hasta ahora hemos visto cómo en el primer momento se ha intentado hacer visible la ruptura aristotélica, y en el segundo presentar la alternativa a este, ahora nos queda por preguntarnos hacia quién tiene que ir dirigida tal alternativa. Sabiendo que esta no puede presentarse de ningún modo universal, de forma que cualquier sujeto pudiera apropiarse de ella (pues las experiencias son múltiples y diversas), Montaigne debe enfrentarse a un dilema⁶⁰. Si bien necesita de un sujeto para encarnar su alternativa, este no puede ser universal.

Por ello debe recurrir a sí mismo, prestarse a sí mismo de ejemplo, exponiendo de dicha forma lo que para él es la experiencia. Estamos ante un momento donde Montaigne pretende reflejarse:

A fin de cuentas, todo este guisado que emborrono aquí no es sino un registro de los ensayos de mi vida, que es, para la salud interna, bastante ejemplar, si se toma la enseñanza a contrapelo. Pero en cuanto a la salud corporal, nadie puede ofrecer una experiencia más útil que yo, que la presento pura, en modo alguna oprimida por el arte y la opinión. La experiencia tiene todas las de ganar cuando se trata de la medicina, donde la razón le cede todo el sitio.⁶¹

En este tercer momento, Montaigne empieza con una dura crítica hacia la medicina teórica, algo que ya no nos debe de extrañar, pues recordemos que ha empezado el capítulo criticando esta vía del conocimiento y presentando su camino alternativo.

Nuestro autor nos comenta, acto seguido a la cita anterior, que la medicina se jacta de tomar la experiencia como piedra de toque de su actuación. Y podríamos pensarlo como si se tratara de una analogía sobre su modo de proceder, que al igual que la medicina, la piedra de toque en Montaigne, su guía para actuar, será la experiencia. “La medicina se forma por medio de ejemplos y de experiencias; mi opinión también”⁶².

Centrándonos en su crítica a la medicina teórica, vemos que a lo largo de *Los ensayos* Montaigne rehuye de la medicina, y en el capítulo «La semejanza de los hijos

⁶⁰ Llinàs, «Sobre el concepto de filosofía y experiencia...», p. 81: “Parece que Montaigne se encuentra en una situación incómoda, pues si en principio las experiencias del autor sólo le interesan a él, entonces, ¿para qué publicar? Pero si se presenta como modelo, entonces traiciona el proyecto, que en un ningún caso pretende formar al hombre [...] A la manera socrática, Montaigne pretende que su escritura no enseñe nada ni a nadie, sino que eventualmente pueda servir para que los demás se ocupen de sí como él lo hace.”

⁶¹ Montaigne, *op. cit.*, p. 1612.

⁶² *Ibidem*, pp. 1142-1143.

con los padres» encontramos algunas respuestas. Por un lado, confiesa que la experiencia vivida por la relación de sus padres con la medicina le ha llevado a tal predisposición:

a | Puede que yo haya heredado de ellos mi antipatía natural a la medicina; pero, de no haberse dado otras consideraciones, habría intentado superarla. En efecto, las cualidades que nacen en nosotros sin razón son todas viciosas; se trata de una especie de enfermedad que debe combatirse. Es posible que yo tuviera esta propensión, pero la he apoyado y reforzado con los razonamientos que han establecido en mí la opinión que tengo sobre la materia.⁶³

Por otro lado, nos relata que por experiencia propia ha llegado también a temerla:

a | En primer lugar, la experiencia me lleva a temerla. Por lo que yo conozco, en efecto, no veo otra clase de gente que enferme tan pronto y sane tan tarde como la que está sometida a la jurisdicción de la medicina. Su salud misma está alterada y corrompida por la violencia de las dietas.⁶⁴

Para dar fuerza a nuestro argumento, podemos acudir al artículo de Cristina Moreno⁶⁵, en donde encontramos una muy buena explicación sobre ello. Tras un análisis de los capítulos II, XXXVII y III, XIII, Cristina afirma: “Médicos sin criterio, son los que atienden a Michel de Montaigne y amparados por la autoridad de la profesión no respetan lo más importante que él aprecia, a él mismo.”⁶⁶. Además, señala varios pilares⁶⁷ para sostener su propuesta.

Con este panorama formado por su experiencia sobre la medicina, y siguiendo el tercer momento, nos encontramos con su apuesta a la tradición y a las costumbres. Si la medicina no le hace ningún bien, incluso llegando a criticarla, deberá guiarse por aquello que le hace algún bien:

He vivido lo bastante para tomar en cuenta la costumbre que me ha llevado hasta tan lejos. Para quien quiera probarla, la he puesto a prueba, he sido su escanciador. [...] Nada creo con más certeza que esto: que el uso a aquellas cosas a las que he estado habituado durante tanto tiempo no puede perjudicarme.⁶⁸

⁶³ *Ibidem*, p. 1144.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 1146.

⁶⁵ Moreno, C., «Humanizando la sanidad actual. Un retorno a Montaigne», Taula, quaderns de pensament, 2006, núm 40, pp. 89-103.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 92.

⁶⁷ Esos pilares son: a) El abuso a la autoridad, p. 95, b) La fortuna, p. 96, c) No son necesarios, p. 97, d) La mentira y el engaño, p. 98, e) La falta de evidencia, pp. 98-99.

⁶⁸ Montaigne, *op. cit.*, p. 1613.

Montaigne lleva a cabo un elogio a la costumbre⁶⁹ y tradición como dos fuerzas que configuran la experiencia de cada uno. Y por ello se atreve a decir que a un alemán lo enfermas acostándolo en un colchón, a un italiano en una pluma, y a un francés si le despojas de cortinas y fuego⁷⁰. Se hace presente de nuevo la diversidad de la experiencia, dejando entrever que existen muchas maneras, muchas experiencias.

Esto a su vez nos hace deducir que, en efecto, la experiencia del propio autor es solamente suya⁷¹, aunque nos invita en esta ocasión a juzgar nuestras costumbres para otorgarles un papel mucho más central en la experiencia de uno mismo. Del mismo modo que se trata el autor, nos vemos evocados a reproducirlo.

Sobre el papel de la costumbre, se nos abre un problema el cual difícilmente podremos atajar. No discutiremos su papel para la experiencia, pues es evidente, sino más bien hasta qué punto toda experiencia es reducible a la costumbre. Tal problema nos puede surgir de la siguiente cita: “Los mendigos tienen sus magnificencias y sus placeres, como los ricos, y, según se dice, sus dignidades y órdenes políticos. Son efectos de la costumbre”⁷². Hasta aquí podríamos pensar que Montaigne recurre a la costumbre para enseñarnos la diversidad y multiplicidad. No hay un orden al que atenarnos. Cada uno sufre los efectos de la costumbre. Sin embargo, acto seguido escribe: “Esta puede llevarnos no solo a la forma que se le antoje —por eso, dicen los sabios, hemos de adherirnos a la mejor, que ella nos facilitará de inmediato—, sino también al cambio y a la variación, lo cual es el más noble y el más útil de sus aprendizajes.”⁷³.

¿Acaso Montaigne nos está reduciendo toda la experiencia a la costumbre?⁷⁴. Todos y cada uno de nosotros estamos inmersos en el vaivén del mundo. Y todos y cada uno de nosotros gozamos de experiencias diversas. Pero para Montaigne, las costumbres disponen nuestras disposiciones e inclinaciones corporales. No está tratando de hacer de

⁶⁹ Según Manuel Tizziani, Montaigne, o el escéptico ante la ley, en Casadei, F. y Tripodi, N., (compiladores), Génesis y Validez del Conocimiento, Mar de Plata, Ediciones Cátedra de Filosofía Moderna: p. 362: “La costumbre, noción central en muchas de las argumentaciones que Montaigne elabora, es caracterizada por el ensayista como una suerte una fuerza inercial a la que los seres humanos se ven sometidos a cada instante, y cuya autoridad, forjada desde las sombras, se hace casi imposible de contrarrestar.”

⁷⁰ *Ibidem*, p. 1614.

⁷¹ Auerbach, *op. cit.*, cap. 12: “Los otros forman al hombre, yo cuento de un hombre”

⁷² Montaigne, *op. cit.*, p. 1618.

⁷³ *Ibidem*, p. 1618.

⁷⁴ En Todorov, T., *Nosotros y los otros*, México, Editorial siglo xxi editores, 2007, pp. 54-55. Tzetan Todorov menciona que el concepto de costumbre plantea un problema que el propio Montaigne quería evitar. Si bien por un aparte pretende evitar la razón, la conclusión a la que llega Todorov es que acaba sirviéndose de esta.

la costumbre un mandato ni disciplina. Más bien nos está invitando a encauzar nuestras disposiciones corporales, del mismo modo que él hace para evitar el sufrimiento⁷⁵. Porque una vez adheridas a ellas, el cuerpo se inclina a su favor.

Montaigne nos está contando sus experiencias, no con la intención de contarnos una verdad, sino de contarnos su verdad. Y por ello nos encontramos ante casi una descripción de sí mismo, mostrándonos que le ha configurado; que experiencias han hecho de él lo que es. Estamos ante el mayor ejemplo para entender que el estudio del yo también puede entenderse como filosofar. Sus experiencias le han hecho rechazar la medicina, aferrarse a las costumbres y tradiciones. Se ha estudiado y ha aprendido de sus acciones que ya no puede dormir de día, ni comer entre comidas, ni soportar su sudor, ni beber agua pura o vino puro, ni hacerse cortar el pelo después de las comidas⁷⁶. La costumbre ha impreso en él tantas delicadezas, que hasta le costaría prescindir de ellas, como si se trataran de cosas muy necesarias. Y ha aprendido, con el transcurso del tiempo, a abrazarlas y aceptarlas todas, pues imprimen en él una tranquilidad y un placer que el médico tergiversara:

Y compadezco a muchos gentilhombres que, por la necesidad de sus médicos, se han encerrado en plena juventud y firmeza. Sería mejor incluso padecer un catarro que perder para siempre, por falta de costumbre, el trato con la vida común en una acción tan usual. c| ¡Fastidiosa ciencia, que nos prohíbe las horas más dulces del día!⁷⁷

4. Cuarto momento: una experiencia directa

Lo visto hasta ahora es el cuerpo de todas sus experiencias, es la reflexión de sus momentos vividos puestos a juicio, es la experiencia de su enfermedad. He querido considerar la enfermedad de Montaigne el cuarto momento, diferenciando del tercero, pues las reflexiones que encontramos en este último provienen de la experiencia de nuestro autor con su enfermedad⁷⁸.

Lo que más le ha permitido conocerse, estudiarse a sí mismo, ha sido su dolencia. Su experiencia con ella le ha hecho saber que⁷⁹ los médicos hacen una descripción de las

⁷⁵ Es curioso ver que, a medida que transcurre el capítulo, la frase que abre el capítulo “no hay mayor deseo que el conocimiento” se va transformando hacia la idea de que no hay mayor deseo que el no padecer. Y ya para el final del capítulo: no hay mayor deseo que el placer. Y pese que en una primera instancia pueda parecer que va enfocado al cuerpo, más adelante veremos como también incluye el alma.

⁷⁶ Montaigne, *op. cit.*, p. 1619.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 1621.

⁷⁸ Nos referimos al Montaigne del capítulo XIII del libro III, aquel conformado por dichas experiencias.

⁷⁹ *Ibidem*, pp. 1612-1623.

enfermedades como la que da un pregonero que grita que se ha perdido un caballo o un perro, con tal pelo, con tal altura, con tal oreja, que no por mostrárselo lo reconoce. Que abstenerse de ciertos placeres por estar sometido a su enfermedad son dos males a cambio de uno, pues no le agrada curar el mal mediante el mal: “La enfermedad nos hiere por un lado, la prescripción por el otro”⁸⁰.

Ha aprendido que para el cuerpo del enfermo, nada es más seguro que mantenerse tranquilo en “el curso de la vida en el cual se han formado y criado”⁸¹, pues cualquier cambio aturde y daña. Se les prescribe una forma de vida tan distinta que ni siquiera una persona sana podría soportar. Ha aprendido que el valor de la vida no está en preservarla tanto como en vivirla. Que, a veces, el precio a pagar para vivir más es dejar de vivir. Sabe muy bien que la enfermedad le hiere por un lado, y la prescripción por otro, y puestos que el riesgo de equivocarse siempre es presente, mejor arriesgarse en la búsqueda del placer “he relegado mi placer, muy ampliamente, todo dictamen médico”⁸². Se deja guiar por la naturaleza, deja que ella siga su curso. Estamos hechos para envejecer y enfermar, y debemos soportar las leyes de nuestra condición. Su experiencia con la enfermedad le ha configurado. Esa ha sido su realidad, su conocimiento a través de la experiencia. Una experiencia guiada por su enfermedad que ha aprendido a sobrellevar sin renunciar al placer⁸³.

Podríamos afirmar que el tercer momento es la conclusión del cuarto momento, tener cálculos renales. Es decir, en el tercer momento se nos ofrecía un sujeto que trataba de reflejarse, un Montaigne compuesto por sus experiencias. Por tanto, es necesario previamente que Montaigne padezca experiencias para poder reflejarse, pudiendo afirmar que el tercer momento es la conclusión de haber vivido experiencias. Aun así no quiero reflejar la idea que todo el conocimiento en Montaigne provenga de esa única experiencia que nos ofrece en el cuarto momento, sino que se presenta como una experiencia más que le configura. Una de las más importantes, sin duda alguna, pues le dedica cierto espacio.

Si volvemos al capítulo XXXVII del libro II, vemos que nos empieza hablando un poco sobre su enfermedad. Tras siete u ocho años desde que empezó a escribir, este es el primer capítulo donde nos menciona que le ha llegado una nueva adquisición, el cólico.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 1623

⁸¹ *Ibidem*, p. 1622

⁸² *Ibidem*, p. 1623.

⁸³ Quizá atrevido pero con mucha coherencia sería afirmar que el mayor deseo de Montaigne como hombre es el placer, algo que tan solo ha podido comprender tras estudiar sus experiencias. Pero no el placer desmesurado.

Si sabemos que Montaigne empezó a escribir *Los ensayos* en el año 1572, el momento en que escribe tal capítulo debe rondar entre 1579 y 1580, a la edad de 47 años. Sin duda la enfermedad le horrorizaba desde la niñez, y era de entre todas las adversidades de la vejez, la que más temía. Pero lo interesante resulta ser que en los dieciocho⁸⁴ meses que hace que se encuentra en tal tesitura ha aprendido acomodarse a ella:

Me presto a un compromiso con la vida colicosa; encuentro con qué consolarme y qué esperar.
¡Tan sujetos están los hombres a su miserable ser que aceptan cualquier condición, por dura que sea, con tal de persistir! c | Oigamos a Mecenas:

Debilem facito manu,
debilem pede, coxa,
lubricos quate dentes:
uita dum superest bene est.

[Haz que se me paralice una mano, un pie, un muslo, que me arranquen los dientes inseguros. Mientras me quede vida, bien está].

Y Tamerlán ocultaba bajo una necia humanidad la fantástica fiereza que ejercía contra los leprosos, mandando que mataran a todos aquellos de los que tenía noticia, para —según decía— librarlos de una vida tan penosa. Porque todos ellos habrían preferido ser tres veces leprosos a no ser.⁸⁵

Nos encontramos con un Montaigne que apenas ha experimentado con su enfermedad, y que de la cual poco puede decir⁸⁶. Por el momento tan solo ha aceptado su condición y se ha acomodado a ella. Hay una apuesta por su vida, pero de momento y a diferencia del capítulo XIII del libro III, no una apuesta tan reflexiva por vivirla. Esto es el resultado de no haber experimentado lo suficiente con ella.

El capítulo que acabamos de mencionar configura el último capítulo del libro II, con el cual concluirá *Los ensayos* y, tras su publicación, emprenderá un viaje hacia Italia⁸⁷. No entraremos en detalles de sus experiencias vividas sobre este, solamente intentamos destacar la importancia de que transcurra cierto tiempo hasta la publicación de su siguiente libro, en concreto cinco años después de su regreso de Italia.

⁸⁴ Si tomamos en cuenta esto, Montaigne empezó a saber de su enfermedad a los 45 años de edad.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 1135.

⁸⁶ Algo más provechoso que menciona es: “Del cólico extraigo al menos un beneficio: la autoridad que no poseía aún sobre mí mismo, para conciliarme del todo y para familiarizarme con la muerte, la completará él. Porque, cuanto más me acose y me importune, tanto menos temible será la muerte para mí.” *Ibidem*, p. 1137.

⁸⁷ Montaigne, M., *Diario de viaje a Italia por Suiza y Alemania en 1580 y 1581*, España, Editorial Cátedra, 2010. Para más detalles cronológicos sobre Montaigne, podemos acudir a la versión del texto de: Montaigne, *Ensayos I*, España, Editorial Gredos, 2005, p. 29.

A lo largo de sus primeros dos libros, Montaigne no tiene conocimiento sobre su enfermedad, y por ello apenas puede hablar sobre ella⁸⁸. Y esto podemos reflejarlo a través de una búsqueda de las palabras cálculos o cólico en *Los ensayos*. En sus dos primeros libros, y sin contar con los añadidos posteriores (c), se menciona dicha enfermedad desde la distancia, sin haberla sufrido y sin mucho que decir de ella más que de ejemplos ajenos, a veces incluso dejándonos entender el miedo que le tiene. Es casi como si su mención le hiciera aprender de las experiencias de los demás. Pero su conocimiento no empieza hasta que comienza a tener experiencias⁸⁹ con ella.

En el libro tercero, tras muchas experiencias acumuladas, al fin Montaigne es capaz de extraer algo de ellas, y eso lo observamos en el capítulo XIII del libro III:

Pero trato a mi imaginación con toda la suavidad de que soy capaz, y la descargaría, si pudiera, de cualquier esfuerzo y conflicto. Hay que ayudarla y halagarla, y engañarla, si se puede. Mi espíritu se acomoda a este servicio. No le faltan razones plausibles en todo. Si persuadiera como predica, me ayudaría felizmente. ¿Os apetece conocer un ejemplo? Asegura que tener cálculos es lo mejor para mí; que a los edificios de mi edad les toca por naturaleza sufrir alguna gotera —es hora de que empiecen a ceder y a resquebrajarse; es una necesidad común, y no se iba a hacer un nuevo milagro por mí; pago de este modo el arriendo debido a la vejez, y no podría tener mejor trato—; que la compañía debe consolarme, pues he caído en el infortunio más habitual entre los hombres de mi tiempo [...] El temor a esta dolencia, dice, te espantaba mucho cuando te era desconocida: los gritos y la desesperación de quienes la agrian con su impaciencia te hicieron sentir horror por ella.⁹⁰

El conocimiento que adquiere Montaigne de la experiencia con su enfermedad lo podemos detallar de las líneas subsiguientes de la reciente cita, pues ahora que la conoce, sabe que se trata de una enfermedad muy suave a comparación de otras. Que su tardanza por aparecer le ha dejado gozar de los deleites de su juventud. Que a ella se acompaña una piedad casi gloriosa del pueblo, volviéndose agradable oír sus halagos: “vaya fuerza, vaya resistencia”⁹¹. Se atreve a afirmar que, de modo análogo a esas gentes de aquellos tiempos que perseguían los males para mantener su virtud en vilo, dicha naturaleza de la

⁸⁸ Pero no hay que olvidar que sus padres la padecieron y eso configuró gran parte de su temor, aunque aun no la hubiera experimentado.

⁸⁹ Podemos acudir a un curioso estudio sobre el dolor en Montaigne de Jesus Navarro: “El problema del dolor en Montaigne: de la apatía a la indolencia”, para ver como pasa a tratarlo con el transcurso de su pensamiento.

⁹⁰ Montaigne, *Los ensayos*, p. 1629.

⁹¹ *Ibidem*, p. 1630.

enfermedad le conduce hacia esa gloriosa escuela⁹². Aprende de ella que no solamente su enfermedad es peligrosa y mortal, sino que todas lo son. Pero que lo que te conduce a la muerte es la vida: “La muerte te mata sin ayuda de la enfermedad”⁹³.

En este caso, la enfermedad lo ha acercado más a vivir la vida, pues a sabiendas que se estás muriendo, ha vivido más, destacando que hay enfermedades que son medicinales y saludables. Pese a que irremediablemente te acompañe toda la vida empujándote hacia la muerte, más veces la matas tu que ella a ti. Y en su estado de vejez, cuando la imagen de la muerte parece cercana, la necesidad de curarte desaparece.

La enfermedad se presta al servicio de tus pensamientos para acompañarte y, con habilidad y dulzura, te desprende del mundo presentándote el estado de tu condición en forma de advertencias, haciéndote presente la muerte “al menos la tocas una vez al mes”⁹⁴ para habituarte a ella, para aceptarla. Agradece incluso a dicha fortuna que le ataque siempre con las mismas armas, pues le instruye y le prepara con la costumbre, habituándolo. También glorifica el momento en que el dolor cesa, pues al evacuar una piedra, se recobra como un relámpago. Por ello dice: “¡A qué punto la salud me parece más bella tras la enfermedad, tan cercana y tan contigua que las puedo reconocer una en presencia de la otra con su mejor acompañamiento, rivalizando como para hacerse frente y contrarrestarse!”. “La naturaleza nos ha prestado el dolor en honor del placer y de la indolencia y a su servicio.”⁹⁵.

Su enfermedad le parece excusable porque se contenta con dominarlo sin extender las secuelas, pues son corteses y generosos aquellos dolores que nos aportan alguna consecuencia útil. “Cuando me ataca, lo tomo como una medicina; cuando estoy libre, lo tomo como una liberación constante y completa”⁹⁶. Y con todos estos y muchos más argumentos, nos comenta Montaigne que intenta entretener y adormecer su imaginación por sus males de la vejez. “Y si mañana empeoran, mañana le procuraremos otras escapatorias.”⁹⁷ Debido a que aquellos que se dedican a desenmarañar los mecanismos de

⁹² Y que jamás hubiera entrado por gusto. Vemos como la máxima de que toda experiencia es aprovechable se cumple a rajatabla.

⁹³ *Ibidem*, p. 1631.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 1632.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 1633. Refiriéndose sobre todo a la enfermedad que padece, pues una vez evacuada la piedra, el dolor cesa y aparece el placer. De otras enfermedades se puede tardar mucho en recobrase.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 1634.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 1635. Vemos en cierta manera una apuesta por la vida.

la naturaleza resultan en desconocimiento para fundamentar adivinaciones, solo puede juzgarse por lo que siente, no por lo que razona⁹⁸.

Montaigne se ha prestado a sus experiencias desde el ámbito corporal, pero también desde el alma, relatándonos que estas y sus soluciones no apaciguan únicamente su dolor físico, sino que también es capaz de ingeniárselas para sacar algún beneficio para su alma, la tranquilidad y la comodidad de su imaginación; encuentra en ambos su equilibrio y disfrute.

Se ha sometido a juicio y ha conseguido lograr ser mejor médico que ninguno sin menospreciar sus experiencias: de ahí que el texto esté plagado de incluso las experiencias más superfluas⁹⁹. Puesto que todas ellas le pertenecen, no encontramos más que un reflejo de cómo se ocupa de sí mismo. No nos está enseñando otra cosa que la manera que tiene de ensayarse y de hacerse, ofreciendo algo que puede ser replicado de cara a las experiencias del lector. Montaigne no solamente ha sido capaz de servirse de todas sus experiencias, sino que nos está invitando a reproducirlo.

5. Quinto momento: una filosofía de vida

Habiéndonos servido de una de las experiencias más importantes de nuestro autor, y destacando como del ejemplo de su enfermedad que le acompaña ha logrado obtener un conocimiento de sí por medio de sus experiencias, nos resta concluir con el último y quinto momento del capítulo: una declaración de principios:

La grande y gloriosa obra maestra del hombre es vivir de modo conveniente [...] El pueblo se equivoca. Es mucho más fácil andar por los extremos, donde la extremidad sirve de límite, de freno y de guía, que por la vía del medio, ancha y abierta, y según el arte, que según la naturaleza; pero es también mucho menos noble y menos digno de elogio. c | La grandeza del alma no consiste tanto en ascender y avanzar como en saber mantenerse en orden y circunscribirse. Tiene por grande todo aquello que es suficiente. Y muestra su elevación prefiriendo las cosas medianas a las eminentes b | Nada es tan hermoso y legítimo como hacer bien de hombre, y tal como es debido. Ni hay ciencia tan ardua como saber vivir bien esta vida. Y, entre nuestras enfermedades, la más salvaje es despreciar nuestro ser. Quien pretenda apartar el alma, que lo haga sin temor, si puede, cuando el cuerpo se comporte mal, para librarla de este contagio. En lo demás, por el contrario,

⁹⁸ Llinàs, «Sobre el concepto de filosofía y experiencia...», p. 83. En una carta de Descartes, nos encontramos con un proceder parecido al de Montaigne. Dice este que no puede concebir la unión del cuerpo y el alma si no es a través de la experiencia, porque la siente, porque la padece.

⁹⁹ En determinados momentos nos relata cómo come, cómo bebe, que le sienta mal, cuantas veces defeca, cuando tiene por costumbre dormir, cuando no puede engendrar hijos, cómo anda, cómo monta a caballo, cuanto le molesta la blancura del papel al leer, etc.

que la asista y ayude, y que no rehúse participar en sus placeres naturales, y deleitarse en ellos conyugalmente, aportando, si ella es más sabia, la moderación, no sea que por falta de sensatez se confundan con el sufrimiento.¹⁰⁰

En este momento, Montaigne deja de lado sus experiencias para hablar en líneas generales, sacando conclusiones. Y entre estas, la más destacable es la de gozar del ser, apelando a sus dos facetas, tanto el cuerpo como el alma. Ese vivir de modo conveniente¹⁰¹, gozando de su ser, provoca que su alma mire el dolor con la misma firmeza que el placer: uno con alegría, y otro con severidad. Y no por ello hay que dejarse llevar por el placer. Este se nos presenta como la sed, pero no debemos embriagarnos¹⁰². Ni tampoco debemos perdernos en el dolor. Este debe ser tratado con su justa medida, de forma valiente, tomándose como si fuera una medicina, por necesidad¹⁰³. “Que el espíritu despierte y vivifique la pesadez del cuerpo, que el cuerpo detenga y fije la ligereza del espíritu”¹⁰⁴. Con todo, Montaigne termina el capítulo con lo siguiente:

Es una perfección absoluta, y como divina, saber gozar lealmente del propio ser. Perseguimos otras condiciones porque no entendemos el uso de las nuestras, y salimos fuera de nosotros porque no sabemos qué hay dentro. c | Con todo, podemos muy bien montarnos sobre zancos, pues aun sobre zancos hemos de andar con nuestras piernas. Y en el más elevado trono del mundo, estamos sentados sobre nuestro trasero. b | Las vidas más hermosas son, a mi juicio, aquellas que se acomodan al modelo común c | y humano, con orden, pero b | sin milagro, sin extravagancia.¹⁰⁵

A fin de cuentas, todo recae sobre nosotros, y es estúpido querer desentenderse. La experiencia le aporta a uno mismo la herramienta necesaria y suficiente para moverse y entender el mundo.

Este proceder filosófico se ve reflejado tanto en el cuerpo como en el alma de quien la practica, y puestos que uno de los objetivos más asociados con la filosofía es la búsqueda de la felicidad, y que esta a su vez la consideramos algo que aporta placer, entenderemos que no hay nada más supremo que saber gozar de nuestro ser.

¹⁰⁰ Montaigne, *Los ensayos*, p. 1656.

¹⁰¹ Que nos remite innegablemente al vivir conforme a la naturaleza, las tradiciones y las costumbres del ser.

¹⁰² Su acercamiento a la muerte le ha enseñado a gozar más de los placeres. Los saborea, de forma lenta y paciente, y es agradecido por ello. *Ibidem*, p. 1622 “Reflexiono conmigo mismo sobre una alegría, no me limito a coger su espuma”.

¹⁰³ Toda experiencia es aprovechable, y las que vienen acompañadas de dolor se vuelven un examen en el que el sujeto debe estudiarse a si mismo.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 1665.

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 1668.

Se trata de una apuesta por la vida, por vivir la vida. “Ningún deseo es más natural que el deseo del conocimiento”. ¿Pero qué pasa cuando enfocamos ese deseo del conocimiento a través de la vía de nuestra experiencia? Que aprendemos a vivir bien, aceptando la naturaleza como una fuerza justa, sin culparla de nuestras desdichas, pues cada experiencia no es más que una nueva oportunidad para estudiarnos, para juzgarnos, y para aprender en todo momento como gozar de nuestro ser.

Montaigne en este momento nos está presentando una filosofía como arte de vivir, no como comprensión de la realidad, sino como manera de vivir. Aprende de todo lo que experimenta, y se forma el juicio para el bien de su vida. Nos comenta que las enfermedades le han enseñado a valorar más la vida, y que ha aprendido con ellas a afrontar la muerte, lo que a la par, le ha hecho vivir más. Se ha alejado de todos aquellos que pretendían despojarle el vivir su vida de forma placentera. Hablamos de aquellos médicos que pretendían curarle, cuando la percepción de Montaigne era la de un envenenamiento, pues hasta los pequeños placeres le eran privados. No le permitían gozar de ser.

Sabemos que en la filosofía antigua de los griegos, la filosofía no era una simple construcción de un sistema cerrado, sino que comportaba toda una forma de vida. Y Montaigne, que era un gran conocedor de los antiguos, lo sabía y parece compartirlo. Pese haber pretendido superar la metafísica aristotélica y presentar su alternativa, al final del capítulo parece haber transformado su sistema, al igual que los griegos¹⁰⁶, en una forma de vida, cuyas prácticas le conducen a gozar lealmente del propio ser.

Hadot nos deleita con las influencias que ha recibido Montaigne sobre las distintas filosofías de la vida. A lo largo del capítulo hemos tratado una, el escepticismo:

En los *Ensayos* de Montaigne, por ejemplo, vemos cómo el filósofo intenta llevar a la práctica los diferentes modos de vida propuestos por la filosofía antigua: "Mi oficio y mi arte es vivir". Su itinerario espiritual lo llevará pues del estoicismo de Séneca al probabilismo de Plutarco, pasando por el escepticismo, para terminar por último y definitivamente en el epicureísmo: "No hice nada hoy. -¿Qué? ¿no habéis vivido? Tal es no sólo la fundamental, sino la más ilustre de vuestras ocupaciones [...] Nuestra grande y gloriosa obra maestra es vivir con propósito. Es una absoluta perfección, y como divina, saber gozar lealmente de su ser."¹⁰⁷

¹⁰⁶ Quizá por ello Sócrates es continuamente mencionado.

¹⁰⁷ Hadot, P., *¿Qué es la filosofía antigua?*, México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 285.

Su experiencia le ha mostrado que la vida ordinaria es la forma por excelencia: “Ha pasado su vida en el ocio, decimos. Hoy no he hecho nada. ¡Cómo!, ¿No has vivido? Esta es no solo la fundamental, sino la más ilustre de tus ocupaciones”¹⁰⁸. Sin duda este pasaje nos demuestra el valor que le está aportando Montaigne a la vida misma.

Siguiendo con las ideas de Pierre Hadot, Montaigne acaba de invertir todos los valores habituales, así como la idea más extendida, que defiende que lo más importante ante todo es hacer algo, mientras que para Montaigne lo más importante es ser. Sin duda una concepción que le recuerda a Hadot la herencia que recibe Montaigne del pensamiento antiguo: “En el fondo comprendió muy bien el sentido de la filosofía antigua, sobre todo epicúrea.”¹⁰⁹

En el artículo «Je ne suis pas philosophe», se puede entender muy bien lo que nos ofrece Montaigne:

Així, la filosofia és un discurs, però un discurs vinculat a la vida de l'home. Versa sobre el perquè i el com de cada cosa, i el seu objectiu consisteix a oferir una resposta a la pregunta «com s'ha de viure?». La filosofia és una reflexió sobre l'acció humana, i complementa l'anàlisi pròpia que hom pot fer dels exemples de la vida quotidiana. Serveix com a guia per a l'acció, i el seu coneixement ens serveix per formar el nostre judici. Així doncs, el seu contingut està totalment lligat a la praxi.¹¹⁰

Esa parte práctica pasaría necesariamente por su forma de expresarse, por las experiencias y por la forma del ensayo en sí, como capacidad de transformación que ejerce el ensayarse a uno mismo. Ya que continuamente insiste en conocerse, y que tan solo apuesta por su vía de la experiencia, esa actividad configuradora como filosofía de vida se hace evidente en el propio ensayarse. “Els *Essais*, així, esdevenen la filosofia de Montaigne, i filosofar es transforma en assaig.”¹¹¹ Es decir, la filosofía de Montaigne en la forma de ensayarse es la prueba de la capacidad práctica y transformadora que lleva a cabo con su filosofía. Si la filosofía es un arte de vida, tampoco se puede hacer filosofía de la misma manera: si juntas la filosofía como arte de vivir, y el escepticismo en tanto a la imposibilidad de conocer la verdad, entonces la filosofía tiene que ser otra cosa, tiene que ser escritura y ensayo. Ya no puede hacer estudios teóricos, sino que tienen que ser experiencias.

¹⁰⁸ Montaigne, *Los ensayos*, p. 1655.

¹⁰⁹ Hadot, P., *La filosofía como forma de vida*, Barcelona, Editorial Alpha, Bet & Gimmel, 2009, p. 189.

¹¹⁰ Frau/Llinàs, «Je ne suis pas philosophe», *Taula*, quaderns de pensament, núm. 44, 2012, p. 116.

¹¹¹ *Ibidem*, p. 118.

6. Conclusión

En definitiva, hemos visto a lo largo del trabajo la forma en qué Montaigne iba desarrollando su pensamiento, y lo hemos tratado de ordenar de forma clara.

En el primer momento, Montaigne ha tenido que ingeniárselas para tratar de defender que la vía de la experiencia no es menos deseable que la vía de la razón, y al final, romper con la metafísica aristotélica, pues no parece ser adecuada en la medida en que pretende categorizar racionalmente una realidad que, para Montaigne, es diversa y cambiante, es una mezcla.

En el segundo momento Montaigne vimos la alternativa, que se caracteriza por el estudio del yo, siendo él mismo su metafísica, si física. En este apartado la experiencia da un giro comprensible para apuntar al objeto de estudio en cuestión. Las experiencias del autor le sirven de base para conocerse, y para darse cuenta de todo lo mucho que le falta para aprender.

En el tercer momento hemos destacado cómo Montaigne debe ofrecerse como sujeto que encarna su propuesta alternativa, pues sería un sinsentido ofrecer un sujeto ideal queriendo categorizar en él su pensamiento. En este momento, nos encontramos un Montaigne que pretende reflejarse, contándonos cómo es. Aquí, la noción de experiencia ya ha cogido mucha fuerza para el trabajo, sirviéndose Montaigne de ella como si fuera la piedra de toque de su actuación. Lo que justifica sus miedos, traumas, costumbres y tradiciones.

La experiencia pasa a ser lo que configura el sujeto de Montaigne, pasa a ser cada pincelada en el retrato de sí mismo, cada actividad que explica y justifica lo que sucede a lo largo del capítulo. Es la experiencia que lleva a Montaigne a romper con la metafísica aristotélica, pues Montaigne cuenta con muchas experiencias que le confirman la mezcla que hay en el mundo, como nos cuenta en el capítulo III del libro II, o en los diversos momentos a lo largo del trabajo.

Gracias a la experiencia entendemos que Montaigne decida estudiarse a sí mismo, que ofrezca tal alternativa. Su concepción de la experiencia parece ser subjetiva y relativa a cada uno, lo único que puede estudiar la experiencia es el sujeto mismo y todo lo que lo compone, produciéndose consecuentemente una doble transformación. La primera es que la experiencia sensible es transformada como experiencia de experimentar o de sentir algo, de padecer algo, y la segunda es que al hacer esto, al basarnos en estas experiencias particulares, la razón universal pasa a ser concebida a través del juicio particular. Por

tanto, las experiencias serán experiencias meramente de Montaigne, y los juicios igual. Ahora bien, eso no significa que no podamos reproducir su esquema.

El cuarto momento ha sido sin duda uno de los más importantes. Montaigne nos ofrece sus experiencias con su enfermedad, uno de los momentos que más nos permiten entender cómo las experiencias han impreso en él unas actitudes u otras, experiencias lejanas y cercanas que justifican su comprensión y su actuación.

Por último, en el quinto momento hemos visto cómo Montaigne afirma que nada es mejor que saber gozar del ser, una visión que apuesta por la vida, y que invita de lleno a vivirla. Una concepción que nos recuerda que la filosofía presentada por Montaigne en esta sección es, ante todo, una filosofía de la vida. El ensayarse por medio de las experiencias es el motor de transformación, y el saber gozar del ser, la meta a obtener.

Si tomamos el capítulo en su conjunto, podemos concluir que en efecto Montaigne se estudia a sí mismo más que cualquier otro tema, él es su física y él es su metafísica (como vimos en el segundo momento), una filosofía que se fundamenta en la experiencia de uno mismo, y a la vez, en la experiencia del mundo.

Sus experiencias resultan ser externas, de la observación del mundo, pero también son internas, de los procesos de tener experiencia de su cuerpo, de la medicina, del padecer o de la enfermedad (como vimos en el tercer y cuarto momento). De esta manera, la experiencia ya no es aprehensión de lo sensible o de lo singular (como vimos en el primer momento), sino que es experiencia de padecer algo, de tener experiencia de algo. Es decir, él está continuamente siendo afectado por algo, y este proceso conforma lo que podemos denominar sus experiencias. Analizando lo que le afecta extrae el material que le permite analizarse a sí mismo, conocerse, saber cómo es, cómo reacciona, cómo gestiona lo que le afecta y cómo actuar. Sin duda, esto está ligado completamente al proceso de conocimiento y de autoconocimiento. Solo si hay experiencias podemos ejercer nuestro juicio. Y solo ejerciendo el juicio podemos construir nuestra vida, de cara a gozar lealmente de nuestro ser.

Por tanto, podríamos decir que Montaigne es un filósofo de la experiencia, una apuesta que debe ser comprendida dentro de su concepción del mundo de que nada es estable, ni es fijo ni definitivo y que, por tanto, no podemos acceder a las esencias ni a la verdad. Si esto es así, lo único que nos queda es uno mismo, que debemos gestionar para intentar vivir de la mejor forma posible (como vimos en el quinto momento). Así, el concepto de experiencia se vuelve capital en una filosofía entendida como forma de vida.

7. Bibliografía

- Aristóteles. *Metafísica*, España, Editorial Gredos, 1994.
- Auerbach, E. *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura Occidental*, México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Casals, J. *L'experiment d'Aristótil*, Barcelona, Editorial Edicions 62, 1992.
- Derrida, J. *Fuerza de ley: El «fundamento místico de la autoridad»*, España, Editorial Tecnos, 2008.
- Frau/Llinàs. «Je ne suis pas philosophe», Taula, quaderns de pensament, núm. 44, 2012.
- Hadot, P. *¿Qué es la filosofía antigua?* México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1998.
- *La filosofía como forma de vida*, Barcelona, Editorial Alpha, Bet & Gimmel, 2009.
- Hartle, Ann. «Breaking with Aristotle: Montaigne's Modern Project», *Montaigne Studies*, volume XXI, 2009, pp. 55-66.
- Llinàs Begón, J.L. «Sobre el concepto de filosofía y experiencia en Montaigne y su repercusión en Descartes», *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, Vol. 40, 2013, pp. 71-84.
- *Guía Comares de Montaigne*, Granada, Editorial Comares, S.L., 2020.
- *Història de la filosofia moderna I: De Maquiavel a Descartes*, Palma de Mallorca, Editorial Universidad de les Illes Balears, 2009.
- Montaigne, M., *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*, (Trad. J. Bayod Brau), Barcelona, Acantilado, 2021.
- *Ensayos I*, España, Editorial Gredos, 2005.
- *Diario de viaje a Italia por Suiza y Alemania en 1580 y 1581*, España, Editorial Cátedra, 2010.
- Moreno, C. «Humanizando la sanidad actual. Un retorno a Montaigne», Taula, quaderns de pensament, num 40, 2006, pp. 89-103.
- Reale, G y Antiseri, D. *Historia del pensamiento filosófico y científico. Tomo Primero*, España, Editorial Herder, 1995.
- Todorov, T. *Nosotros y los otros*, México, Editorial siglo xxi editores, 2007.
- Villar, A. «La incertidumbre en Montaigne, Pascal Y Unamuno: Angustia, Aceptación y Certeza Moral». *Revista de Filosofía*. Numero 21, Noviembre de 2021, pp. 151-153.